



# La batalla • por el comienzo

LA CREACIÓN, LA EVOLUCIÓN Y LA BIBLIA

JOHN MACARTHUR

# La batalla • por el comienzo

LA CREACIÓN, LA EVOLUCIÓN Y LA BIBLIA

JOHN MACARTHUR



EDITORIAL  
PORTAVOZ

La misión de *Editorial Portavoz* consiste en proporcionar productos de calidad —con integridad y excelencia—, desde una perspectiva bíblica y confiable, que animen a las personas a conocer y servir a Jesucristo.

Título del original: *The Battle for the Beginning*, © 2001 por John MacArthur y publicado por W Publishing, filial de Thomas Nelson Inc., P.O. Box 141000, Nashville, Tennessee 37214.

Edición en castellano: *La batalla por el comienzo*, © 2003 por John MacArthur y publicado por Editorial Portavoz, filial de Kregel Inc., Grand Rapids, Michigan 49505. Todos los derechos reservados. Publicado por acuerdo con HarperCollins Christian Publishing, Inc.

Ninguna parte de esta publicación podrá reproducirse de cualquier forma sin permiso escrito previo de los editores, con la excepción de citas breves en revistas o reseñas.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas han sido tomadas de la versión Reina-Valera © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Utilizado con permiso. Reina-Valera 1960™ es una marca registrada de American Bible Society, y puede ser usada solamente bajo licencia.

Traducción: John Alfredo Bernal

EDITORIAL PORTAVOZ  
2450 Oak Industrial Dr. NE  
Grand Rapids, Michigan 49505 USA

Visítenos en: [www.portavoz.com](http://www.portavoz.com)

ISBN 978-0-8254-1531-9 (rústica)  
ISBN 978-0-8254-6244-3 (Kindle)  
ISBN 978-0-8254-8293-9 (epub)

8 9 10 11 12 edición / año 25 24 23 22 21 20 19

*Impreso en los Estados Unidos de América*  
*Printed in the United States of America*

Dedicado a Bill Zimmer,  
anciano fiel de la  
*Grace Community Church* y amigo fiel,  
cuya devoción de toda la vida al  
libro de Génesis y su defensa a la  
interpretación literal del mismo han sido  
un gran ejemplo para mí.

## CONTENIDO

Reconocimientos .....	9
Introducción .....	11
1. Creación: créalo o no: Génesis 1:1 .....	35
2. ¿Cómo sucedió la creación? .....	57
3. Luz en el día primero: Génesis 1:2-5 .....	83
4. Él demarcó los fundamentos de la tierra: Génesis 1:6-13 ....	105
5. Lumbreras en los cielos: Génesis 1:14-19 .....	125
6. Abundancia de criaturas vivientes: Génesis 1:20-23 .....	147
7. Bestias y animales que se arrastran: Génesis 1:24-25 .....	169
8. El hombre a imagen de Dios: Génesis 1:26-31 .....	189
9. El reposo de la creación: Génesis 2:1-3 .....	215
10. El paraíso perdido: Génesis 3:1-24 .....	233
Epílogo: bendiciones a pesar de la maldición .....	255
Notas finales .....	267
Índice de temas .....	277

## RECONOCIMIENTOS

A lo largo de más de tres décadas de ministerio en la *Grace Community Church*, he tenido el privilegio de presentar sermones expositivos casi todos los domingos. He realizado la predicación sistemática y detallada sobre un libro de la Biblia los domingos por la mañana, y un libro diferente en el culto vespertino. Esto ha producido miles de mensajes grabados así como una gran cantidad de apuntes y comentarios, que se han convertido en la materia prima de todos mis libros. Los múltiples libros que he escrito nunca habrían podido producirse sin ese prolongado ministerio de predicación y las largas horas de estudio y preparación que requirió.

También me sería imposible publicar tantos libros si no fuera por la bondad del Señor al darme algunos editores excepcionales que trabajan en el material. Entre ellos sobresale Phil Johnson, quien ha aplicado por muchos años su talento extraordinario como escritor a los libros más especializados como el que usted tiene en sus manos. Este libro, al igual que muchos otros, es producto de la amistad y el compañerismo que ambos tenemos.

Otras personas que prestaron su colaboración en diversas etapas del proceso editorial fueron: Mary Hollingsworth y Rhonda Hogan de la casa de publicaciones *Word*, y Gary Knussman del equipo de trabajo del ministerio *Gracia a vosotros*. También quiero expresar un agradecimiento especial a mi querido amigo y colega pastor Lance Quinn, quien contribuyó con la revisión del texto en las páginas finales.

## INTRODUCCIÓN

Gracias a la teoría de la evolución, el naturalismo se ha convertido en la religión dominante de la sociedad moderna. Hace menos de un siglo y medio, Carlos Darwin hizo popular el credo de esta religión secular con su libro *El origen de las especies*. Aunque casi todas las teorías de Darwin acerca de los mecanismos de evolución fueron descartadas mucho tiempo atrás, la doctrina misma de la evolución se las ha arreglado para alcanzar la prerrogativa de artículo fundamental de fe en la mentalidad popular moderna. El naturalismo ya ha reemplazado al cristianismo como la religión principal del hemisferio occidental, y la evolución se ha convertido en el dogma central del naturalismo.

El *naturalismo* es una perspectiva en la que toda ley y toda fuerza que opera en el universo es de carácter natural y no moral, espiritual o sobrenatural. El naturalismo se caracteriza en esencia por el ateísmo y rechaza el concepto mismo de un Dios personal. Muchos suponen por esa razón que naturalismo no tiene que ver con religión. De hecho, muchos mantienen la idea equivocada de que el naturalismo encarna la esencia misma de la objetividad científica. A los naturalistas les gusta presentar su sistema como una filosofía que se opone a todas las visiones del mundo basadas en la fe, y alegan que es superior en su contenido científico e intelectual porque se supone que carece de matices religiosos.

Este no es el caso. *Religión* es la palabra exacta que sirve para describir el naturalismo. Toda la filosofía naturalista se basa en una premisa basada en la

fe. Su presuposición básica, que es un rechazo de todo lo sobrenatural, requiere un salto de fe gigantesco. Además, casi todas las teorías que respaldan al naturalismo también deben ser aceptadas por fe.<sup>1</sup>

Considere por ejemplo el dogma de la evolución. La noción de que ciertos procesos evolutivos naturales son la explicación del origen de todas las especies vivientes, nunca ha sido y jamás será establecida como un hecho histórico. Tampoco es “científica” en el sentido verdadero de la palabra. La ciencia solo se ocupa de cosas que pueden ser observadas y reproducidas por experimentación. El origen de la vida no puede ser ni observado ni reproducido en un laboratorio. Por definición, la ciencia no puede darnos conocimiento alguno acerca de cómo llegamos a existir en este planeta. La creencia en la teoría evolutiva es un asunto de pura fe, y la creencia dogmática en cualquier teoría naturalista no es más “científica” que cualquier otro tipo de fe religiosa.

El naturalismo moderno es promulgado en muchos lugares con fervor misionero en tono bastante religioso. El símbolo popular del pez que muchos cristianos colocan en sus automóviles también tiene su equivalente en la comunidad de los naturalistas: un pez con patas y la palabra *Darwin* grabada en su interior. La red mundial de computadoras se ha convertido en el campo misionero más activo del naturalismo, y allí los evangelistas de la causa realizan grandes esfuerzos para libertar a las almas entenebrecidas que siguen aferradas a sus creencias espirituales. A juzgar por el contenido de ciertos materiales que he leído por medio de los cuales se trata de ganar adeptos al naturalismo, los naturalistas se dedican a su fe con una pasión devota que rivaliza y en muchos casos excede la de cualquier fanático y radical religioso. Es obvio que el naturalismo es tan religioso como cualquier visión teísta del mundo.

Esto también queda demostrado al examinar las creencias de aquellos naturalistas que afirman ser los menos constreñidos por creencias religiosas. Tome por ejemplo el caso de Carl Sagan, quizá el hombre más famoso de la comunidad científica moderna en las últimas décadas. Como astrónomo de renombre y personaje en los medios de comunicación, Sagan siempre mantuvo un firme antagonismo a las enseñanzas de la Biblia sobre Dios y la creación. No obstante, él mismo se convirtió en el evangelista televisivo más importante de la religión del naturalismo. En todos sus programas predicaba una visión



del mundo que se basaba por completo en presuposiciones naturalistas. En todo lo que enseñaba subyacía la convicción firme de que todas las cosas en el universo tienen una causa natural y una explicación natural. Esa creencia, que es un asunto de fe personal y no el resultado de una observación científica verdadera, gobernó y moldeó todas sus teorías acerca del universo.

Sagan examinó la vastedad y complejidad del universo y decidió llegar a la siguiente conclusión, puesto que no tenía otro remedio en vista del punto de partida que eligió: no existe algo que sea más grande que el universo mismo. Por esa razón, aplicó al universo los atributos divinos de infinitud, eternidad y omnipotencia.

“El cosmos es todo lo que es, lo que siempre fue y lo que siempre será”. Este fue el aforismo distintivo que Sagan repetía en cada episodio de *Cosmos*, su serie televisiva con elevada sintonía. Es evidente que la declaración misma es un artículo de fe y no una conclusión científica. Ni siquiera Sagan mismo, con ayuda de todos los científicos del mundo, podría examinar jamás “todo lo que es, lo que siempre fue y lo que siempre será”. El refrán de Sagan es una ilustración perfecta de la manera como el naturalismo moderno confunde entre dogma religioso y ciencia verdadera.

La religión de Sagan fue en realidad una especie de panteísmo naturalista, y su frase predilecta lo resume muy bien. Este hombre deificó al universo y todo lo que en él hay, con su insistencia en que el cosmos mismo es lo que era, lo que es y lo que ha de venir (cp. Ap. 4:8). Después de haber examinado una porción suficiente del cosmos para reconocer las evidencias innegables del poder y la majestad infinitos del Creador, decidió atribuir esa omnipotencia y gloria a la creación misma. Este es el mismo error que el apóstol Pablo describe en Romanos 1:20-22:

Porque las cosas invisibles de él, su eterno poder y deidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo, siendo entendidas por medio de las cosas hechas, de modo que no tienen excusa. Pues habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias, sino que se envanecieron en sus razonamientos, y su necio corazón fue entenebrecido. Profesando ser sabios, se hicieron necios.

Tal como los idólatras a quienes Pablo describió, Sagan puso la creación en el lugar que corresponde nada más que al Creador.

Carl Sagan observó el universo, contempló su grandeza y concluyó que nada podría ser más grande. Sus presunciones religiosas le obligaron a negar que el universo es resultado de un diseño inteligente. De hecho, como naturalista devoto tenía la obligación de negar que tuvo un principio y que fue creado. Por esa razón siempre vio el universo como eterno e infinito, por lo cual tomó el lugar de Dios en su manera de pensar.

El carácter religioso de la filosofía que moldeó la visión del mundo de Sagan se hizo evidente en muchas de las cosas que escribió y dijo. Su novela *Contacto*, que se convirtió en una gran producción cinematográfica en 1997, está repleta de metáforas e imágenes religiosas. Trata acerca del descubrimiento de vida extraterrestre, lo cual sucede en diciembre de 1999 con el albor del nuevo milenio, en un mundo cargado de expectativas mesiánicas y temores apocalípticos. En la imaginación novelesca de Sagan, el descubrimiento de vida inteligente en otras partes del universo se convierte en una “revelación” que sienta las bases para la fusión de ciencia y religión como única visión del mundo, la cual, sorpresa de sorpresas, refleja con exactitud el sistema de creencias de Sagan, donde el cosmos es Dios y los científicos son los nuevos sacerdotes.

La religión de Sagan incluía la creencia de que la raza humana no es especial en absoluto. Dada la vastedad inabordable del universo y su carácter impersonal, ¿cómo podría ser importante la humanidad? Sagan concluyó que nuestra raza es del todo insignificante en el universo. En diciembre de 1996, menos de tres semanas antes de su muerte, Sagan fue entrevistado por Ted Koppel de la cadena de noticias ABC en los Estados Unidos. Sagan sabía que estaba muy cerca de la muerte y Koppel le preguntó: “Doctor Sagan, ¿tiene algunas palabras sabias que quisiera dar a la raza humana?”

Sagan contestó:

Los seres humanos vivimos en una bola de roca y metal que da vueltas alrededor de una estrella común y corriente entre otras 400 mil millones de estrellas que forman parte de la galaxia que llamamos

la vía láctea, la cual a su vez es una entre miles de millones de otras galaxias que conforman este universo, el cual también puede ser parte de un número muy grande, quizás un número infinito de otros universos. Esto nos tiene que poner a pensar en el valor real de la vida humana y de nuestra cultura.<sup>2</sup>

En un libro publicado casi al final de su vida, Sagan escribió: “nuestro planeta es una migaja de azul pálido que flota solitaria en la profunda oscuridad cósmica que le rodea. A causa de nuestra insignificancia en medio de tal vastedad, nada existe allá afuera que nos ayude a salvarnos de nosotros mismos”.<sup>3</sup>

Aunque Sagan se esforzó bastante a mantener un semblante optimista hasta el final amargo, su religión le llevó a lo que conduce el naturalismo de forma inevitable: un sentido absoluto de insignificancia y desesperanza. Según su visión del mundo, la humanidad ocupa una trinchera diminuta en un grano azul dentro de un mar insondable de galaxias. Por lo que sabemos, nadie sabe de nosotros en el universo, a nadie tenemos que rendir cuentas y somos prescindibles en un universo que continúa su expansión a pasos agigantados. Sería fatuo hablar de cualquier tipo de ayuda o redención del exterior para la raza humana. Hay que dejar de pensar que alguna ayuda viene en camino. Sería muy bueno que nos pusiéramos aquí de acuerdo para resolver algunos de nuestros problemas, pero no importará si lo logramos o no en el marco de referencia cósmico. Este fue el valor que Sagan atribuyó a la vida humana en este planeta.

Todo esto demuestra la desolación espiritual del naturalismo. La religión del naturalista elimina el concepto de responsabilidad moral y ética, y en última instancia abandona toda esperanza para la humanidad. Si el cosmos impersonal es todo lo que existe e importa, todo lo que ha sido desde siempre y todo lo que será para siempre, la moralidad carece de todo sentido. Si no existe un Creador personal a quien la humanidad tenga que rendir cuentas, y la supervivencia de los mejor adaptados es la ley que gobierna la vida en el universo, todos los principios morales que regulan la conciencia humana carecen de fundamento y hasta son contraproducentes para la conservación de nuestra especie.

Es indudable que el ascenso del naturalismo ha ocasionado una catástrofe moral en la sociedad moderna. Todas las ideologías más dañinas de los siglos diecinueve y veinte estuvieron arraigadas en el darwinismo. Uno de los primeros paladines de Darwin fue Tomás Huxley, quien dio una conferencia en 1893 en la que argumentó que la evolución y la ética son incompatibles. Según escribió: “la puesta en práctica de las mejores alternativas éticas, aquello que llamamos bondad o virtud, implica una conducta que se opone en todo sentido a la que conduce al éxito en la lucha cósmica por la existencia”.<sup>4</sup>

Los filósofos que incorporaron las ideas de Darwin pudieron apreciar la postura de Huxley y concibieron filosofías que prepararon el escenario para la amoralidad y el genocidio característicos de una gran parte del siglo veinte.

Carlos Marx, por ejemplo, siguió de manera concienzuda a Darwin en la fabricación de sus teorías económicas y sociales. Marx dedicó un ejemplar de su libro *El capital* a Darwin, con la inscripción: “de su admirador devoto”. También se refirió a la obra de Darwin *El origen de las especies* como “el libro que contiene la base de historia natural que respalda nuestra visión de las cosas”.<sup>5</sup>

La filosofía de “darwinismo social” de Herbert Spencer aplicaba a las sociedades humanas las doctrinas de la evolución y la supervivencia de los mejor adaptados. Spencer argumentaba que si la naturaleza misma ha determinado que los fuertes viven y los débiles perecen, esta regla también debería gobernar toda la sociedad. Las diferencias de raza y de clase reflejan esta disposición natural de las cosas. Por eso no existe razón moral trascendente que justifique la compasión por los que están en desventaja en la lucha social. Después de todo, es parte del proceso evolutivo natural y la sociedad mejorará mediante el reconocimiento de la superioridad de las clases dominantes y el estímulo de su primacía. Las ideologías raciales de escritores como Ernst Haeckel, quien creía que las razas africanas eran incapaces de tener cultura y desarrollo mental superiores, también se arraigaron en las ideas de Darwin.

Toda la filosofía de Federico Nietzsche se basó en la doctrina de la evolución. Nietzsche mantuvo una hostilidad amarga contra la religión en general y el cristianismo en particular. La moralidad cristiana representaba en esencia todo lo que Nietzsche aborrecía. Este hombre creía que las enseñanzas de Cristo

glorificaban la debilidad humana y eran funestas para el desarrollo de la raza humana. Se burlaba de valores morales cristianos como humildad, misericordia, modestia, mansedumbre, compasión por los indefensos y servicio al prójimo. Creía que esos ideales engendraban más debilidad en la sociedad. Nietzsche dividió a los humanos en dos tipos: la clase superior que era una minoría dominante y con conocimiento, y el “rebaño” de seguidores mansos como ovejas que podían manipularse con facilidad. Llegó a la conclusión de que la única esperanza para la humanidad era que la clase superior evolucionara hasta convertirse en una raza de superhombres (*Übermenschen* en alemán), los cuales serían libres de toda limitación religiosa o moral y se adueñarían del poder para llevar a la humanidad a la siguiente fase en su evolución.

No es sorprendente que la filosofía de Nietzsche pusiera los cimientos para el movimiento nazi en Alemania. Lo que sí sorprende es que a principios del siglo veintiuno, la reputación de Nietzsche haya sido restablecida por filósofos soñadores y charlatanes de oficio, y que sus escritos estén otra vez de moda en el mundo académico. Sin duda alguna, su filosofía o algo muy parecido a ella, es el producto inevitable de la adherencia ciega al naturalismo.

Todas estas filosofías se basan en nociones que se oponen por completo a la visión bíblica de la naturaleza del hombre, porque todas ellas se acogen a la visión del origen de la humanidad propuesta por Darwin. Están arraigadas en teorías anticristianas acerca del origen del ser humano y el origen del cosmos. Por esa razón es de esperarse que contradigan los principios bíblicos en todo nivel.

El hecho patente es que todos los frutos filosóficos del darwinismo han sido negativos, infames y destructivos para la sociedad humana. Ninguna de las revoluciones del siglo veinte que fueron inspiradas y ejecutadas a partir de filosofías naturalistas basadas en Darwin, sirvieron para el mejoramiento o el ennoblecimiento de la sociedad. Por el contrario, el principal legado social y político del pensamiento de Darwin es un espectro completo de tiranías malvadas, con el comunismo inspirado por Marx en un extremo el fascismo inspirado por Nietzsche en el otro extremo. El origen de la catástrofe moral que ha desfigurado a la sociedad occidental también puede trazarse al darwinismo y al rechazo de los primeros capítulos de Génesis.

En este punto de la historia, a pesar de que la mayor parte de la sociedad moderna mantiene un compromiso firme con la visión del mundo dictada por el evolucionismo y el naturalismo, el mundo todavía se beneficia de la memoria colectiva de una visión bíblica del mundo. La gente en general todavía cree que la vida humana es especial y valiosa. Aún quedan residuos de moralidad bíblica como la noción de que el amor es la virtud más grande (1 Co. 13:13), el servicio mutuo es preferible a la lucha por el dominio personal (Mt. 20:25-27), y la humildad y la sumisión son superiores a la arrogancia y la rebelión (1 P. 5:5). No obstante, cualquier grado de estima que la sociedad secular asigne a esas virtudes, está por completo desvinculado de cualquier fundamento filosófico. Puesto que ya ha rechazado al Dios revelado en las Escrituras para abrazar el materialismo naturalista puro, la mentalidad moderna no tiene razones fundamentales para acogerse a algún parámetro ético, ni tampoco criterios definidos para preferir la “virtud” por encima del “vicio”, ni justificación de algún tipo para considerar la vida humana como diferente o más valiosa que cualquier otra forma de vida. La sociedad moderna abandonó hace mucho tiempo su fundamento moral.

Con la entrada de la humanidad al siglo veintiuno, se avista en el horizonte un futuro todavía más sobrecogedor. Ahora la iglesia misma parece haber perdido la voluntad para defender lo que enseñan las Escrituras acerca del origen del universo y de la humanidad. Hay muchos en la iglesia que se sienten demasiado intimidados o avergonzados para afirmar la verdad literal del relato bíblico de la creación. Se han dejado confundir por un coro de voces que suenan con autoridad e insisten en que es posible, y de hecho necesario en la práctica, reconciliar las Escrituras con las teorías más recientes de los naturalistas.

Por supuesto, los teólogos liberales han adoptado tiempo atrás la idea de una evolución teísta. Ellos nunca han vacilado en negar la verdad literal de la Biblia sobre cualquier tema. La nueva tendencia también ha influenciado a algunos evangélicos que nos aseguran que es posible armonizar Génesis 1 al 3 con las teorías del naturalismo moderno sin vulnerar las doctrinas esenciales del cristianismo. Estos hombres declaran su apego a las enseñanzas y al credo de la fe evangélica. También enseñan en instituciones educativas evangélicas e

insisten en que sí creen en la inerrancia y la autoridad de la Biblia, pero están dispuestos a interpretar de nuevo el Génesis para que se acomode a la teoría evolucionista. Expresan asombro y desconcierto cada vez que alguien cuestiona sus métodos de estudio e interpretación de la Biblia, y en ocasiones emplean la misma clase de sarcasmo e intimidación que los liberales religiosos y los escépticos ateos siempre han usado en contra de los creyentes verdaderos, con frases como esta: “en serio, usted no cree que el universo tenga menos de mil millones de años, ¿o es así?”

El resultado es que en el transcurso de las últimas décadas, grandes cantidades de evangélicos han mostrado una disposición y una apertura sorprendentes para hacer una nueva lectura e interpretación de los primeros capítulos del Génesis, conforme a principios no evangélicos. Cada vez es mayor el número de los que se acogen a una perspectiva conocida como “creacionismo de la tierra antigua”, en el cual se mezclan algunos principios del creacionismo bíblico con teorías naturalistas y evolucionistas, con el fin de reconciliar esas visiones del mundo que por definición propia se contradicen entre sí. Para poder lograrlo, los creacionistas de la tierra antigua comprometen el texto bíblico en lugar de hacer una exégesis honrada del relato de la creación de Génesis.

Un puñado de científicos que profesan ser cristianos se cuentan entre los que han tomado la iniciativa de implementar este revisionismo. La mayoría de ellos tienen deficiencias notorias en el campo de la interpretación bíblica, pero de todas maneras se han dedicado a promover una interpretación diferente de Génesis 1 a 3 que cumple la función específica de acomodar las tendencias actuales de la teoría naturalista. En su opinión, los seis días de la creación en Génesis 1 corresponden a eras geológicas prolongadas, el orden cronológico de la creación es flexible, y la mayoría de los detalles acerca de la creación que se encuentran en la Biblia pueden tratarse como alusiones poéticas o figuras simbólicas del lenguaje hebreo.

Por otro lado, muchos pastores y líderes cristianos que deberían dar ejemplo en la defensa de la fe contra la difusión de enseñanzas falsas, también han sido tentados a abandonar la buena batalla de la interpretación correcta de los primeros capítulos de Génesis. Cierta pastor evangélico se acercó a mí después

de una de mis predicaciones. Se sentía confundido e intimidado a causa de varios libros que había leído, cuyos autores eran evangélicos por tradición que presentaban argumentos en el sentido de que la tierra debe tener miles de millones de años de edad. Estos escritores tratan la mayoría de las teorías de los evolucionistas como hechos científicos irrefutables. En algunos casos, estos escritores cuentan con credenciales científicas o académicas que persuaden a los lectores a creer que las opiniones que presentan son el resultado de su investigación juiciosa y su experiencia en el campo, pero en realidad se trata de presuposiciones naturalistas que incorporan a su lectura del texto bíblico. Este pastor me preguntó si creía posible que los tres primeros capítulos de Génesis fueran una serie de artificios literarios o una aventura poética que sirve como aplicación “espiritual” de lo que sucedió en realidad durante miles de millones de años de evolución.

Yo le respondí de inmediato, sin rodeos ni excusas: *no, no lo creo*. Estoy convencido de que Génesis 1 a 3 debe recibirse como lo que es: la historia de la creación dada por revelación divina. En primer lugar, porque el texto mismo de Génesis no indica que el relato de la creación sea simbólico, poético, alegórico o mítico. El mensaje central del pasaje no puede reconciliarse con la noción de que la creación haya ocurrido a través de un proceso natural de evolución a lo largo de períodos extensos de tiempo. Tampoco creo que un manejo fiel del texto conforme a principios aceptables de hermenéutica, pueda reconciliar estos capítulos con la teoría de la evolución o cualquier de las otras teorías acerca del origen del universo que algunos califican de científicas.

Además, de manera similar al caos filosófico y moral que viene como resultado de la aplicación del naturalismo, graves problemas teológicos se generan a partir de un rechazo o una negociación de la verdad literal del relato bíblico de la creación y la caída de Adán.

Por supuesto, estoy al tanto de que algunos creacionistas de la tierra antigua reconocen la creación literal de Adán y afirman que Adán fue un personaje histórico, pero su decisión de aceptar la creación de Adán como algo literal supone ciertos cambios hermenéuticos arbitrarios en Génesis 1:26-27 y más adelante en Génesis 2:7. Si todo lo que rodea estos versículos se maneja en un sentido alegórico o simbólico, sería injustificable tratarlos en un sentido literal



e histórico. Por lo tanto, el método de interpretación del Génesis que adoptan los creacionistas que creen en una tierra antigua, en realidad menoscaba la historicidad de Adán. Puesto que han decidido tratar el relato de la creación como mito o alegoría, no tienen razones de peso para insistir, de forma súbita y arbitraria, que la creación de Adán sí es historia literal. Su creencia en un Adán histórico no es consecuente con su propia exégesis del resto del texto.

No obstante, es una inconsecuencia necesaria si uno quiere defender la idea de una tierra antigua sin dejar de ser evangélico. En efecto, si Adán no fue el ancestro literal de toda la raza humana, la explicación bíblica de la manera como entró el pecado al mundo carece de sentido. Es más, si no caímos todos en Adán, tampoco podemos ser redimidos en Cristo, porque la posición de Cristo como cabeza de la raza redimida mantiene un paralelo exacto en las Escrituras con la posición de Adán como cabeza de la raza caída: “porque así como en Adán todos mueren, también en Cristo todos serán vivificados” (1 Co. 15:22). “Así que, como por la transgresión de uno vino la condenación a todos los hombres, de la misma manera por la justicia de uno vino a todos los hombres la justificación de vida. Porque así como por la desobediencia de un hombre los muchos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno, los muchos serán constituidos justos” (Ro. 5:18-19). “Así también está escrito: Fue hecho el primer hombre Adán alma viviente; el postrer Adán, espíritu vivificante” (1 Co. 15:45; cp. 1 Ti. 2:13-14; Jud. 14).

Por lo tanto, en un sentido importante, todo lo que dicen las Escrituras acerca de nuestra salvación a través de Jesucristo depende de la veracidad literal de lo que enseña Génesis 1 al 3 acerca de la creación y la caída de Adán. Este es un pasaje definitivo de las Escrituras.

Lo que hacen los creacionistas de la tierra antigua (incluidos en gran medida los que profesan ser evangélicos) con Génesis 1 al 3 es lo mismo que han hecho siempre los liberales religiosos con toda la Biblia: espiritualizar e interpretar el texto en sentido alegórico para que signifique algo que nunca quiso dar a entender. Es una manera peligrosa de manejar las Escrituras porque requiere una capitulación arriesgada e innecesaria a las conjeturas religiosas del naturalismo, sin mencionar que es una deshonra para Dios.

Los evangélicos que aceptan una interpretación del Génesis basada en una

cronología inveterada de la tierra, se han acogido a una hermenéutica que parte de una apreciación muy baja de las Escrituras. Aplican a los primeros capítulos de la Biblia un método de interpretación que se basa en presuposiciones contrarias a la fe evangélica. Quienes adoptan esta metodología se han embarcado en un proceso que no tiene otra meta final que el derrocamiento de la fe, y estoy seguro de que las iglesias y las escuelas que abracen esta visión de las cosas no serán evangélicos por mucho tiempo.

Una opinión popular que sostienen muchos defensores de una edad avanzada para la tierra, se conoce como “hipótesis del marco de referencia”. Consiste en la creencia de que los “días” del capítulo uno no son ni siquiera épocas distintas sino etapas superpuestas en un proceso evolutivo lento y prolongado. De acuerdo con esta perspectiva, los seis días que se describen en Génesis 1 no corresponden a una cronología exacta sino a un “marco de referencia” metafórico que sirve para representar el proceso creativo en nuestra mente humana finita.

Parece que esta opinión fue divulgada en un principio por teólogos alemanes liberales en el siglo diecinueve, pero ha sido adoptada y propagada en años recientes por algunos evangélicos prominentes, entre ellos el doctor Meredith G. Kline del Seminario Teológico de Westminster.

La hipótesis del marco de referencia empieza con la definición de los “días” de la creación en Génesis 1 como expresiones simbólicas que no tienen relación alguna con el concepto de tiempo. Quienes proponen la hipótesis señalan el paralelismo obvio que existe entre los días primero y tercero (la creación de la luz y el emplazamiento de lumbreras en el firmamento), los días segundo y quinto (la separación del aire y el agua y la creación de peces y aves que poblaran el aire y el agua), al igual que los días tercero y sexto (la aparición de la tierra seca y la creación de animales terrestres). Basados en esta observación, sugieren que esos tres paralelos constituyen una indicación clara de estilo literario que apunta al carácter poético del texto. De modo que, según esta teoría, la secuencia de la creación puede en esencia dejarse de lado, como si la forma literaria del pasaje anulara su significado literal.

Como es natural, los defensores de esta opinión aceptan la teoría científica moderna según la cual la formación de la tierra requirió el paso de varios miles de millones de años. Ellos afirman que el relato bíblico no es más que

un marco de referencia metafórico que se presta para encajar nuestra comprensión científica de la creación. El lenguaje y los detalles de Génesis 1 carecen de importancia porque la única verdad que este pasaje nos enseña es que la mano de la divina providencia guió el proceso evolutivo. El relato de la creación de Génesis queda así reducido a un mecanismo literario, una metáfora extensa que no debe aceptarse como descripción fidedigna de los hechos.

Ahora bien, si el Señor quisiera enseñarnos que la creación tuvo lugar en seis días literales, ¿habría podido hacerlo con más claridad que lo que leemos en Génesis? La longitud de los días está definida por períodos de luz en el día y oscuridad en la noche que son gobernados después del día cuarto por el sol y la luna. La semana misma define el patrón de trabajo y descanso para la humanidad. Los días son marcados por el paso de la tarde y la mañana. ¿Cómo es posible que estos elementos hagan referencia a algo que no sea el avance cronológico de la labor creativa de Dios?

El problema de la hipótesis del marco de referencia es que emplea un método destructivo de interpretación. Si el significado directo de Génesis 1 puede desdeñarse y el lenguaje ser tratado como un mero recurso literario, ¿por qué no hacer lo mismo con Génesis 3? En efecto, la mayoría de los teólogos liberales insisten en que la serpiente que habla en el capítulo 3 es parte de una fábula o metáfora, y por esa razón rechazan el pasaje como un registro histórico y literal de cómo la humanidad cayó en pecado. ¿Cómo se define en qué punto termina la metáfora literaria y comienza la historia verdadera? ¿Después del diluvio? ¿Después de la torre de Babel? ¿Por qué allí y no en otro lugar? ¿Por qué no se consideran todos los milagros en la Biblia como artilugios literarios? En las palabras de E. J. Young: “si la hipótesis del marco de referencia fuera aplicada a las narraciones del nacimiento virginal, a la resurrección o a Romanos 5:12 en adelante, podría ser tan eficaz en la reducción de la importancia del contenido de esos pasajes como lo es en cuanto al contenido del primer capítulo de Génesis”.<sup>6</sup>

Young señala de esta manera la falacia de esta hipótesis:

Debe formularse la siguiente pregunta: si se admite una visión no cronológica de los días, ¿cuál es el propósito que cumple la mención

específica de seis días? Si rechazamos la secuencia cronológica de Génesis, llegamos al punto en que es muy poco lo que podemos decir acerca del contenido de su primer capítulo. También sería imposible sostener que se trata de dos tríadas de días paralelos entre sí. El día cuarto corresponde a la colocación de lumbreras en el firmamento, pero Dios había hecho los cielos en el día segundo. Si los días cuarto (creación de lumbreras) y primero (creación de la luz) son dos aspectos de la misma cosa, el segundo día (creación de los cielos) también debería preceder a los días primero y cuarto. Si se permite este procedimiento, a pesar de su descuido total de la gramática, ¿por qué no ser consecuentes en hacer equivalentes todos los cuatro días con el primer versículo de Génesis? No existe defensa contra un procedimiento así, toda vez que hayamos abandonado el lenguaje claro del texto. Con toda seriedad debe preguntarse: ¿podemos creer que el primer capítulo de Génesis enseñe que el día segundo precedió a los días primero y cuarto? Hacer la pregunta es responderla.<sup>7</sup>

El hecho simple y obvio es que a nadie que lea e interprete la Biblia sin prejuicios se le ocurriría que el tiempo de la creación fuera algo diferente a una semana normal de siete días. El cuarto mandamiento no tiene sentido alguno si no se acepta que los días de la obra creativa de Dios forman un paralelo exacto con cualquier semana de trabajo normal.

La hipótesis del marco de referencia es el resultado directo de convertir la teoría científica moderna en la pauta hermenéutica conforme a la cual se interpretan las Escrituras. La presuposición básica de esta hipótesis es la noción de que la ciencia habla con más autoridad que la Biblia acerca de los orígenes y la edad de la tierra. Aquellos que acogen esta perspectiva pretenden someter las Escrituras a la autoridad de la ciencia y permiten que hipótesis científicas, que no son más que meras opiniones humanas sin autoridad divina en absoluto, se conviertan en la regla hermenéutica para la interpretación de las Escrituras.

Nada puede justificar esto. La opinión científica moderna no es un criterio hermenéutico válido para interpretar Génesis o cualquier otra porción de las

Escrituras. La Biblia es inspirada por Dios (2 Ti. 3:16) y contiene la verdad divina acerca de Dios y de su creación, “porque nunca la profecía fue traída por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo” (2 P. 1:21). Jesús lo dijo de manera perfecta: “tu palabra es verdad” (Jn. 17:17). La Biblia es la fuente suprema de la verdad, y por esa razón es el parámetro conforme al cual debe evaluarse toda teoría científica, no al contrario.

Además, las Escrituras siempre hablan con autoridad absoluta. Tiene la misma autoridad de sus mandatos en cada una de sus enseñanzas. Dice la verdad sobre el futuro tanto como en lo que ha registrado del pasado. Aunque no es un libro de texto ni un libro de ciencia humana, siempre que se cruza con datos científicos habla con la misma autoridad con que nos da sus preceptos morales. Aunque muchos han tratado de enfrentar la ciencia con las Escrituras, la ciencia nunca ha demostrado la falsedad de una sola tilde de la Biblia y jamás lo hará.

Por lo tanto, es un error serio imaginar que los científicos modernos puedan hablar con más autoridad que las Escrituras sobre la cuestión de los orígenes. Las Escrituras son como el testigo ocular de Dios sobre lo que ocurrió en el principio. Al tratar el origen del universo, todo lo que puede ofrecer la ciencia es conjetura. La ciencia no ha probado una sola cosa que niegue el registro de Génesis. De hecho, el registro de Génesis responde los misterios de la ciencia.

En el Nuevo Testamento encontramos un patrón claro para la interpretación de Génesis. Si el lenguaje de la primera parte de Génesis debiera interpretarse en sentido figurado, podríamos esperar que Génesis se interpretara en sentido figurado en el Nuevo Testamento. Después de todo, el Nuevo Testamento es parte de las Escrituras inspiradas y constituye el comentario del Creador mismo acerca del registro de Génesis.

¿Qué es lo que aprendemos del Nuevo Testamento? En cada referencia del Nuevo Testamento al Génesis, los acontecimientos registrados por Moisés son tratados como hechos históricos, y en particular los tres primeros capítulos de Génesis son tratados siempre como el registro literal de ciertos acontecimientos históricos. El Nuevo Testamento ratifica, por ejemplo, la creación de Adán a semejanza de Dios (Stg. 3:9).

Pablo escribió a Timoteo: “Adán fue formado primero, después Eva; y Adán no fue engañado, sino que la mujer, siendo engañada, incurrió en transgresión” (1 Ti. 2:13-14). En 1 Corintios 11:8-9 el apóstol escribe: “el varón no procede de la mujer, sino la mujer del varón, y tampoco el varón fue creado por causa de la mujer, sino la mujer por causa del varón”.

La presentación que Pablo hace de la doctrina del pecado original en Romanos 5:12-20 depende de un Adán histórico y de una interpretación literal del relato de Génesis acerca de la manera como cayó. Además, todo lo que Pablo enseña sobre la doctrina de justificación por fe también depende de ello. “Porque así como en Adán todos mueren, también en Cristo todos serán vivificados” (1 Co. 15:22). Es evidente que Pablo trató la creación y la caída de Adán como hechos históricos, no como alegorías. Jesús mismo se refirió a la creación de Adán y Eva como un acontecimiento histórico (Mr. 10:6). Si se cuestiona la historicidad de estos sucesos, también se menoscaba la esencia misma de la doctrina cristiana.

Además, si las Escrituras hablan de la creación y la caída de Adán como sucesos históricos, no se justifica tratar el resto del relato de la creación como alegoría o recurso literario. En ningún lugar de las Escrituras se manejan estos acontecimientos de manera simbólica.

De hecho, las referencias del Nuevo Testamento a la creación (Mr. 13:19; Jn. 1:3; Hch. 4:24; 14:15; 2 Co. 4:6; Col. 1:16; He. 1:2, 10; Ap. 4:11; 10:6; 14:7) siempre la definen como una acción acabada en el pasado, una obra de Dios que fue inmediata y no un proceso que avanza hasta el día de hoy, como sería el caso de los procesos evolutivos. La nueva creación prometida por Dios, un tema recurrente en ambos testamentos, también se presenta en las Escrituras como una creación inmediata, no como un proceso que tarda una gran cantidad de tiempo (Is. 65:17). De hecho, el modelo para la nueva creación es la creación original (cp. Ro. 8:21; Ap. 21:1, 5).

Hebreos 11:3 presenta la creencia en la creación por *fiat* divino como la esencia misma de la fe: “por la fe entendemos haber sido constituido el universo por la palabra de Dios, de modo que lo que se ve fue hecho de lo que no se veía”. Creación *ex nihilo* (de la nada) es la enseñanza clara y recurrente de la Biblia.

La evolución fue inventada como una alternativa atea a la visión bíblica de

la creación. Según la evolución, fue el hombre quien creó a Dios y no lo contrario. Como hemos visto, el objetivo principal de los evolucionistas es eliminar por completo la fe en Dios y así deshacerse de toda responsabilidad moral por sus pensamientos y acciones.

La intuición de todo ser humano le hace formular a su mente una serie de preguntas con respecto a su origen: ¿quién está en control del universo? ¿Existe un ser que sea soberano y dador de la ley? ¿Existe un juez universal? ¿Existe un parámetro moral trascendente conforme al cual debemos vivir? ¿Alguien a quien hemos de rendir cuentas? ¿Habrá una evaluación final de la manera como vivimos en la tierra? ¿Tendrá lugar algún juicio final?

Estas son las preguntas cuya respuesta quisieron evitar los proponentes y defensores de la evolución.

La evolución fue inventada para descartar la existencia del Dios de la Biblia, no porque los evolucionistas creyeran de verdad que un Creador fuera innecesario para explicar el origen de todas las cosas, sino porque no querían tener al Dios de las Escrituras por juez de sus vidas. Marvin L. Lubenow escribe:

El asunto real en el debate sobre creación y evolución no es la existencia de Dios. El asunto real es la naturaleza de Dios. No se puede entender qué distingue a la teoría de la evolución si se cree que está basada en el ateísmo. La evolución no fue diseñada como un ataque generalizado contra los conceptos básicos del teísmo, sino más bien como un ataque específico en contra del Dios de la Biblia, y el Dios de la Biblia se revela con claridad plena en la doctrina de la creación. Es obvio que si una persona es atea, también opte por creer en la evolución, pero la evolución se acomoda tanto al ateísmo como al teísmo. Un evolucionista tiene plena libertad de escoger el culto y la religión que se le antoje, mientras no tenga que ver con el Dios de la Biblia. Los dioses que permite la evolución son privados subjetivos y artificiales. Se caracterizan porque no perturban al ser humano con demandas éticas absolutas. En cambio, el Dios de la Biblia es Creador, sustentador, Salvador y juez personal. Todos son responsables ante Él, y su plan siempre entra en conflicto con los planes de los humanos pecadores.

Al evolucionista le resulta muy cómodo pensar que Dios haya sido inventado por el hombre a su imagen y semejanza, pero la creación del hombre a imagen de Dios es una idea estremecedora y terrible.<sup>8</sup>

En otras palabras, la evolución fue inventada para eliminar al Dios de Génesis y de esa manera desautorizar al dador de la ley divina y obliterar la inviolabilidad de su ley. La evolución es el medio más reciente que nuestra raza caída se ha ingeniado para suprimir nuestro conocimiento innato y el testimonio bíblico en el sentido de que Dios existe y nosotros debemos rendirle cuentas a Él (cp. Ro. 1:28). Con su aceptación de la evolución, la sociedad moderna pretende librarse de la moralidad, la responsabilidad y la culpa. La sociedad en masa acoge con gran entusiasmo la evolución porque los pecadores creen que así se elimina al Creador y que todos los seres humanos quedan en libertad de hacer lo que quieran sin ser culpables ni sufrir consecuencias.

La mentira del evolucionismo es la antítesis precisa de la verdad cristiana, por eso es impensable que cristianos evangélicos estén dispuestos a negociar sus principios con la ciencia humana para dar cabida a la teoría de la evolución. Es lamentable que desde hace un siglo y medio la propaganda de los evolucionistas ha tenido un éxito notable en doblegar la convicción de muchos evangélicos. Casi la mayoría de las personas que se consideran a sí mismas evangélicas, ya se han dejado convencer de que el relato de la creación en Génesis no es un registro histórico verdadero. De este modo, no solo han capitulado a la doctrina evolucionista como punto de partida epistemológico, sino que también han acogido una metodología de interpretación que menoscaba la autoridad de las Escrituras en todos los aspectos de la vida.

Los evolucionistas que se catalogan a sí mismos como teístas, realizan grandes esfuerzos para emparejar las teorías humanistas de la ciencia moderna con el teísmo bíblico. Muchos afirman que hacen esto porque aman a Dios y a su pueblo, pero la verdad es que aman un poco a Dios y aman mucho sus reputaciones académicas. Con el menoscabo de la historicidad de Génesis también menoscaban la fe misma. Si cedemos el trono a la doctrina evolucionista y convertimos a la Biblia en su esclava, hemos echado los cimientos de un desastre espiritual sin precedentes.



Las Escrituras son la prueba definitiva de toda verdad, no la ciencia. Cuanto más se alejen los evangélicos de esa convicción, serán cada vez más humanistas y menos evangélicos.

La Biblia nos previene contra “los argumentos de la falsamente llamada ciencia” (1 Ti. 6:20), en particular ese conocimiento llamado “científico” que se opone a la verdad de las Escrituras. Nuestro deber de mantener la guardia aumenta tan pronto aquello que se promulga como “ciencia” no es más que una visión del mundo que debe aceptarse por fe y que es hostil a la verdad de las Escrituras. Además, con la presentación agresiva de presuposiciones naturalistas y ateas como si fueran hechos científicos establecidos, los cristianos tienen el deber de desenmascarar esas mentiras como lo que son y oponerse a ellas con vigor y denuedo. El abandono de una visión bíblica de la creación ya ha dado una gran abundancia de frutos malos en la sociedad moderna. No es hora de que la iglesia retroceda o negocie sobre estos asuntos. Si debilitamos nuestro compromiso firme a favor de una visión bíblica de la creación, vamos a desencadenar una serie desastrosa de problemas morales, espirituales y teológicos que empeorarán el caos moral en que ya está sumida la sociedad secular.

Con esta carga grave en mente, empecé un estudio juicioso de Génesis hace un par de años. Aunque mi ministerio se ha consagrado en gran parte a la exposición versículo a versículo de todo el Nuevo Testamento, no hace mucho empecé a predicar una serie sobre el Génesis en nuestra iglesia. Este libro es el fruto de mi investigación y mi enseñanza acerca de Génesis 1 al 3. En esos capítulos de la Biblia encontramos el fundamento de todas las doctrinas esenciales de la fe cristiana. Cada vez que estudio con mayor detenimiento y profundidad esa porción de las Escrituras, me convengo más de que constituye el cimiento vital para todo lo que creemos como cristianos.

Es lamentable que este fundamento haya sido objeto de ataques sistemáticos por parte de las mismas instituciones que deberían defenderlo con más vigor ante el mundo. Cada vez más instituciones educativas, apologistas y teólogos que portan con orgullo el nombre cristiano evangélico, abandonan su fe en la verdad literal de Génesis 1 al 3. Recuerdo una encuesta de algunos años atrás en la que se mostraba que en una de las asociaciones de acreditación evangélica

más importantes de los Estados Unidos, entre cuyos miembros se cuentan decenas de colegios bíblicos y universidades evangélicas, solo cinco o seis instituciones de enseñanza mantienen una oposición sólida a una visión de la creación basada en un planeta Tierra de miles de millones de años de edad. Aparte de este puñado escaso, las demás instituciones educativas están abiertas a una interpretación diferente de Génesis 1 al 3 que acomode las teorías evolucionistas. Cientos de maestros y apologistas bíblicos reconocidos descartan el tema como si fuera algo trivial, y otros en cambio presentan argumentos agresivos en el sentido de que una lectura literal de Génesis es perjudicial para la credibilidad del cristianismo. Ellos se han dado por vencidos en la batalla, o en el peor de los casos, han unido fuerzas con el ataque contra el creacionismo bíblico.

Yo doy gracias a Dios por aquellos que todavía resisten con fidelidad las tendencias de la sabiduría humana, en organizaciones y ministerios como Respuestas en Génesis, la Sociedad de Investigaciones sobre la Creación, y el Instituto para la Investigación de la Creación. Estas y otras organizaciones similares, cuentan con muchos científicos expertos que refutan con autoridad las presuposiciones de los evolucionistas, basados en argumentos técnicos y científicos. Ellos demuestran con claridad que la excelencia de las facultades científicas no es incompatible con la fe humilde en la verdad literal de las Escrituras, y que la batalla del comienzo es en última instancia una batalla entre dos credos que se excluyen uno al otro: la fe en las Escrituras frente a la fe en las hipótesis del ateísmo. En realidad nunca ha sido una batalla entre la ciencia y la Biblia, como muchos piensan.

El objetivo que tengo con este libro es examinar lo que enseñan las Escrituras acerca de la creación. Aunque estoy convencido de que la verdad de las Escrituras tiene integridad científica absoluta, me compete dejar la defensa científica del creacionismo a quienes tienen más experiencia en el campo de la disertación científica y técnica. Mi propósito central consiste en examinar lo que enseñan las Escrituras acerca del origen del universo y de la caída de la humanidad en el pecado, así como mostrar por qué es incompatible con las creencias de los naturalistas y las teorías de los evolucionistas.

Como cristianos, creemos que la Biblia es la verdad acerca de todas las

cosas que nos ha sido revelada por Dios, quien es el Creador verdadero del universo entero. Esa creencia es el fundamento básico de todo cristianismo auténtico, y es del todo incompatible con las presuposiciones especulativas de los naturalistas.

En las Escrituras, el Creador mismo nos ha revelado todas las cosas esenciales para la vida y la piedad, y esa revelación empieza con un relato de la creación. Si el relato bíblico de la creación no es confiable en un solo aspecto, el resto de las Escrituras queda sobre un fundamento endeble.

Lo cierto es que ese fundamento no es endeble. Cuanto más entiendo lo que Dios nos ha revelado acerca de nuestro origen, más claro puedo ver que el fundamento se mantiene firme e impenetrable. Estoy de acuerdo con quienes afirman que ya es hora de que el pueblo de Dios le eche un nuevo vistazo al relato bíblico de la creación, pero me aparto de aquellos que piensan que esto implica una capitulación dócil a las teorías cambiantes y tornadizas del naturalismo. Lo único que rinde una comprensión correcta de la creación y de la caída de nuestra raza, es una mirada franca de las Escrituras con buenos principios de hermenéutica bíblica.

La Biblia suministra una explicación clara y coherente de los comienzos del cosmos y de la humanidad. No existe en absoluto razón alguna para que una mente inteligente se niegue a aceptar ese relato literal del origen de nuestro universo. Aunque el relato bíblico choca en muchos puntos con las hipótesis naturalistas y evolucionistas, no está en conflicto con un solo hecho científico. De hecho, todos los datos geológicos, astronómicos y científicos pueden reconciliarse fácilmente con el relato bíblico. El conflicto aquí no es entre ciencia y Escrituras, sino entre la fe confiada del creyente en la Biblia y el escepticismo voluntarioso del naturalista.

Para muchos que han sido adoctrinados en escuelas donde se borra de forma deliberada y sistemática la línea entre hipótesis y hechos, aunque esto les pueda sonar ingenuo o inculto, no significa que no sea la realidad de las cosas. Insisto de nuevo en que la ciencia jamás ha desmentido una sola palabra de las Escrituras, y nunca lo hará. Por otra parte, la teoría evolucionista siempre ha estado en conflicto con las Escrituras y siempre lo estará, pero lo cierto del caso es que la noción de que el universo evolucionó mediante una serie de

procesos naturales lentos no ha dejado de ser una hipótesis que ni se ha comprobado ni se puede comprobar. Por esa misma razón es una teoría que no se puede tratar como ciencia verdadera. No existe prueba alguna de que el universo haya evolucionado por medios naturales. La evolución no es más que una teoría dudosa que es objeto de variaciones y modificaciones constantes. En última instancia, la teoría de la evolución tiene que convertirse en objeto de la fe humana para poder ser aceptada.

¡Cuánto mejor es basar nuestra fe en el fundamento seguro de la Palabra de Dios! No existe fundamento para el conocimiento que se compare ni que supere a las Escrituras. A diferencia de la teoría científica, la Palabra de Dios es inmutable por la eternidad. A diferencia de las opiniones humanas, su verdad es revelada por el Creador mismo. La Biblia no es incompatible con la ciencia, como muchos suponen. La ciencia verdadera siempre ha confirmado las enseñanzas de las Escrituras. Por ejemplo, la arqueología ha demostrado la veracidad del registro bíblico vez tras vez. Dondequiera que el registro bíblico de la historia pueda examinarse para ser objeto de comprobación arqueológica confiable u otros tipos de evidencias documentales, el registro bíblico siempre ha sido verificado. No existen razones válidas para dudar o desconfiar del registro bíblico de la creación, y por eso tampoco es necesario manipular el relato bíblico para que se ajuste a las últimas modas en teoría evolucionista.

Por lo tanto, mi método en este libro será muy sencillo: examinar lo que dice el texto bíblico acerca de la creación. Mi meta no es escribir un texto polémico en contra del pensamiento evolucionista actual. No pretendo incluir argumentos científicos complicados acerca del origen de nuestro universo. Sí tendré cuidado en resaltar la intersección de ciertos hechos científicos con el registro bíblico, pero mi objetivo principal es examinar lo que la Biblia enseña sobre el origen del universo y después considerar las consecuencias morales, espirituales y eternas del creacionismo bíblico para ver cómo se relaciona con la gente en el mundo de hoy.

Tengo una gran deuda con varios escritores que han tratado este tema con anterioridad y cuyas obras fueron muy útiles para la organización de mis propios pensamientos sobre estos asuntos. Entre los principales se encuentran Douglas F. Kelly,<sup>9</sup> John Ankerberg y John Weldon,<sup>10</sup> Phillip E.

Johnson,<sup>11</sup> Henry Morris<sup>12</sup> y Ken Ham.<sup>13</sup>

Insisto en que una comprensión bíblica de la creación y la caída de la humanidad establece el fundamento necesario para una visión cristiana del mundo. Todo lo que enseñan las Escrituras acerca del pecado y la redención supone la veracidad literal de los primeros tres capítulos de Génesis. Si vacilamos en cualquier medida sobre la verdad de este pasaje, insiste el autor, socavamos los cimientos mismos de nuestra fe.

Si Génesis 1 al 3 no nos narra la verdad, ¿por qué deberíamos creer cualquier otra cosa en la Biblia? Sin una comprensión correcta de nuestro origen, no tenemos forma de entender cualquier otra cosa acerca de nuestra existencia espiritual. No podemos conocer nuestro propósito y no podemos tener certeza de nuestro destino. Después de todo, si Dios no es el Creador, tal vez tampoco sea nuestro Redentor. Si no podemos creer en los primeros capítulos de las Escrituras, ¿cómo podemos estar seguros de lo que enseña el resto de la Biblia?

Mucho depende de una comprensión correcta de estos primeros capítulos de Génesis. Con demasiada frecuencia estos capítulos son mal manejados por personas cuyo objetivo real no es entender lo que el texto enseña de verdad, sino manipularlo para que se ajuste a alguna teoría de la ciencia humana. Esta es una metodología errónea en principio. Puesto que la creación no puede observarse ni reproducirse en un laboratorio, la ciencia no es una herramienta confiable para buscar respuestas acerca del origen del universo y la caída de la humanidad. En última instancia, la única fuente confiable de verdad acerca de nuestro origen es la revelación proveniente del Creador mismo. La metodología correcta nos indica que el texto bíblico debe ser nuestro punto de partida.

Yo estoy convencido de que la interpretación correcta de Génesis 1 al 3 es la que se produce como resultado de una lectura natural y directa del texto, el cual nos enseña que el universo es joven aunque tenga apariencia longeva y madura, y que toda la creación fue realizada en el transcurso de seis días literales.

Soy consciente de que esta convicción puede parecer crédula e indocta a muchos, y mi respuesta a sus quejas es la siguiente: no pueden negar que esta interpretación es superior a la noción irracional de que un universo de orden y complejidad inabordables haya surgido por accidente de la nada y progresado

por azar hasta convertirse en la maravilla que observamos hoy.

La Biblia ofrece la única explicación precisa que puede encontrarse en cualquier parte acerca de cómo empezó nuestra raza, dónde se originó nuestra capacidad moral, por qué parecemos incapaces de hacer lo que nuestra conciencia dice que es correcto, y cómo podemos ser redimidos de esta situación desesperanzadora.

Las Escrituras no contienen lo que podría llamarse la mejor de varias explicaciones posibles. Es la Palabra de Dios, y mi oración por usted es que al emprender juntos este estudio de los primeros capítulos de la Biblia, usted crea lo que Dios ha hablado.